

SIETE PECADOS CAPITALES DEL HISTORIADOR

Luis Eduardo Cortés Riera
luis cortes riera@hotmail.com

RESUMEN

Varias situaciones y experiencias en mi ya larga trayectoria como docente e investigador de la historia se muestran en el presente trabajo. Así como la lectura de autores clásicos de la historiografía de todos los tiempos y lugares, los cuales me han animado a escribir estas reflexiones que bajo el insidioso título que le di, ojalá motiven a los jóvenes cultivadores de esta ciencia social tan nueva y que aún se haya en el tránsito hacia su edificación, a esclarecer algunos conceptos y categorías, a plantear nuevas problemáticas y a deslastrarse de las viejas y falaces, pero muy influyentes ideas en torno a la historia que han hecho carrera desde tiempos de Herodoto o de Polibio hasta llegar a Gibbon o Ranke, y que nos han llegado con fuerza y autoridad inusitada hasta el presente.

Introducción .

La palabra pecado que aquí empleo se la debo al insigne historiador francés, miembro del Collège de France, Lucien Febvre, quien dice del **anacronismo** que es el mayor de los pecados, el más imperdonable. Desde tiempos de mis estudios de pregrado en la ya bicentennial Universidad de Los Andes y su Escuela de Historia, me había llamado la atención este pecado, el primero y más dañino que puede cometer el historiador. Pero los ojos de aquella Escuela estaban en otros lados, la enseñanza de un marxismo vulgar asociado al estructuralismo, así como el repliegue de la izquierda insurreccional, y poco se atendía a la formación de los estudiantes en el oficio del historiador. Casi no se leía a Marc Bloch, y si ello se hacía, aquél privilegio lo gozábamos solamente los estudiantes de la especialidad en Historia Universal.

El creador de la concepción de la “historia total”, otro francés, el profesor Pierre Vilar me motivó con su obra **Iniciación al vocabulario del análisis histórico** (1980) magnífico trabajo de precisión y de reflexión sobre lo histórico, donde nos dice: “Siempre he soñado con un “tratado de historia”. Pues encuentro irritante ver en las estanterías de nuestra bibliotecas tantos “tratados” de “sociología”, de “economía”, de “politología”, de “antropología”, pero ninguno de historia, como si el conocimiento histórico, *que es condición de todos los demás, ya que toda sociedad está situada en el tiempo*, fuera capaz de constituirse en ciencia”. En este sentido he creído necesario alertar sobre los errores y las omisiones más graves y más comunes que se cometen con la historia.

De Marc Bloch, creador de la idea del *oficio del historiador*, me he nutrido permanentemente para enseñar e investigar la historia con las aportaciones de todas las ciencias sociales (y a veces las naturales), el empleo del método comparativo como propuso con Febvre en la Escuela de los Anales y que se presenta magistralmente en **Los reyes taumaturgos** (1924) y **La sociedad feudal** (1939-1940), pero sobre todo **Apología de la**

historia o el oficio del historiador (1942), llamada por Georges Duby la “agenda de un artesano”, un libro escrito bajo la ocupación nazi de Francia, por lo que ha sido llamado “El manuscrito interrumpido del Marc Bloch,” que trata sobre los motivos por los que se estudia la historia y sobre el oficio del historiador. Es mi libro de cabecera. Esta obra ha tenido un éxito notable en el mundo de habla castellana y se ha reeditado unas 19 veces hasta 1994 desde que el Fondo de Cultura Económica, México, la editó por vez primera en 1952. En 1949 llega un alumno de Bloch a aquél país, Françoise Chevalier, y a sus clases asiste un perseguido de la dictadura perejimenista en Venezuela, el profesor Federico Brito Figueroa, quien a su regreso al país funda los estudios de posgrado en historia en la Universidad Central de Venezuela y que continúa en la Universidad Santa María, recinto en donde conoce al joven profesor Reinaldo Rojas quien le convence a venir a Barquisimeto. Acá fundan bajo un pomarroso (*Mirtácea de la India*) la Fundación Buría, y en 1986 editan por primera vez en el país **Apología de la historia o el oficio del historiador**.

Y es acá en donde se inserta desde 1989 quien escribe estas líneas en esta fértil corriente de pensamiento, pues cuando se acercaba el fin del “siglo corto” inicié los estudios de postgrado en historia bajo la guía y conducción de los doctores Brito Figueroa y Reinaldo Rojas e introducido en las posibilidades de método y del conocimiento científico de la Escuela de los Anales. En esta comunidad discursiva con sede en Barquisimeto y en torno fundamentalmente a las Líneas de investigación: “Historia social e institucional de la educación en la Región Centro Occidental de Venezuela”, y la de “Redes sociales, cultura y mentalidad religiosa”, hemos tenido las más hermosas y edificantes satisfacciones intelectuales y personales de nuestra existencia.

Tiene, pues, el lector entre sus manos las meditaciones de un docente y de un investigador ya curtido en la ciencia de Clío y que, cual sentencia sacada de las Escrituras sagradas, se atreve a dejar entre sus manos estos **Siete pecados capitales del historiador**. ¿Que se puede abultar esta ominosa cantidad? Sí, es posible y además necesario, porque recordemos con el hispanista francés, el maestro Pierre Vilar que la historia es una ciencia que está en permanente construcción. Que la historia-agrega Vilar es el único instrumento que puede abrir las puertas a un conocimiento del mundo de una manera si no “científica” por lo menos “razonada”. La historia-ciencia todavía se está construyendo, los pecados serían, pues, la anticiencia o la pseudociencia.

Primer pecado: Anacronismo.

Que no es otra cosa que ver el pasado con ojos del presente. El historiador francés Lucien Febvre nos dio un magnífico ejemplo para comprender este primer pecado: “Anacronismo es darle un paraguas a un Diógenes y una metralleta a Marte. O, si se prefiere, es introducir a Offenbach (compositor francés de operetas) y su *Belle Héliène* en la historia de las ideas religiosas o filosóficas, donde quizá no tuviera nada que hacer...”. El paraguas, un invento que como sabemos se produjo muchos siglos después y que tanta significación le da al recoleto siglo XIX. Cosa semejante sucedió a quien escribe estas líneas. Una vez inauguraron en Carora, Venezuela, un hotel con el nombre de “El Conquistador” y alguien realizó un mural con varios de estos personajes a la orilla de una playa. Uno de los conquistadores otea el horizonte con un telescopio, instrumento que, como sabemos, se debe al genio de Galileo Galilei, físico y astrónomo del siglo XVII. ¿Que un siglo es una diferencia muy pequeña? Quizás, pero que Galileo lo haya construido en 1609 y los conquistadores españoles usado en, digamos, 1569, es poco menos que un verdadero disparate colocar en uso ese instrumento óptico ¡50 años antes de su invención!. Un historiador caroreño, el doctor Ambrosio Perera sostiene que el repoblador de la ciudad en 1572, Juan de Salamanca era muy católico, como distinguiendo su particular condición de creyente, cuando en realidad todos los hombres y mujeres del siglo XVI eran fervientes católicos. No podía ser de otra manera en “*el siglo que quiere creer*”, según la expresión de Lucien Febvre. Anacronismo es también llamar a los conquistadores del siglo XVI europeos, pues Europa todavía no existía como entidad política; Europa es, según Eric Hobsbawm, una invención posterior, el siglo XVII. Este historiador británico marxista propone dar el nombre de cristianos a los “europeos” del siglo XVI.

Pero es Febvre quien nos ilustra mejor este primer pecado de los historiadores cuando afirma que en el siglo XVI no podía haber ateísmo porque tal condición del espíritu humano se la debemos a la Ilustración, al positivismo (y al marxismo), sistemas de pensamiento que son posteriores al siglo XVI. Es que en tal siglo no existían las palabras adecuadas para expresar la incredulidad. Este gran historiador de lo cultural y de la psicología colectiva, lo expresa en su magnífica obra **El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais**, (1942): “Comenzaremos planteándonos algunas cuestiones de medios, condiciones y posibilidades. Para llegar a lo esencial formularemos un problema en apariencia simple, pero cuyos datos no ha podido reunir nadie para el siglo XVI: se trata del problema del saber qué clarividencia, qué penetración y qué eficacia (a nuestro juicio, naturalmente) podía tener el pensamiento de unos hombres, de unos franceses que, para especular, no disponían todavía en su lenguaje ninguna de esas palabras tan frecuentes hoy en nuestras plumas desde que comenzamos a filosofar y cuya ausencia no es sólo un inconveniente, sino también una deficiencia o una laguna de su pensamiento.” Y a continuación el historiador de la sensibilidad del siglo XVI nos da una lista de las palabras (**utillaje mental**) que faltaban:

“Ni *absoluto*, ni *relativo*, ni *concreto* ni *confuso* ni *complejo*, ni *adecuado*; ni *virtual*, que es de los alrededores de 1600, ni *indisoluble*, *intencional*, *intrínseco*, *inherente*,

oculto, primitivo, sensitivo, todas ellas del siglo XVIII; ni *transcendental*, que adornará hacia 1698 (...) ninguna de estas palabras que he tomado al azar (...) pertenecen al vocabulario de los hombres del siglo XVI (...) Y sólo hemos hablado de adjetivos. Pero ¿y los sustantivos? Ni **causalidad**, ni *regularidad*, ni *concepto*, ni *criterio*, ni *condición*, tampoco *análisis*, ni *síntesis* (...) ni *deducción* (que no nacerá hasta el siglo XIX); ni *intuición*, que aparecerá en Descartes y Leibniz; ni *coordinación* ni *clasificación* (palabra de 1787). Agrega este historiador de las creencias y de la religión que tampoco existía la palabra *sistema*, palabra que interesaron a los *racionalistas*. El *Racionalismo* no se bautizará como tal hasta el siglo XIX. O el *Deísmo*, que no iniciará su camino hasta Bousset (siglo XVIII). O el *Teísmo*, que tomará prestado el siglo XVIII a los ingleses...El *Panteísmo* habrá que buscarlo, en la Regencia, en Toland (1670-1722). El *Materialismo* esperará a Voltaire (1734).El *Naturalismo* aparece en 1752. El *Fatalismo* se encuentra La Mettrie (siglo XVIII), el *Determinismo* llegará muy tarde con Kant. El *Optimismo*, con Trévoux, en 1762, y el *Pesimismo* también: pero los *pesimistas* aparecerán hasta 1835. el *Escepticismo*(con Diderot). El *Fideísmo* surgirá en 1838. Y muchos más. *Estoicismo* (La Bruyère), *quietismo*, *puritanismo*,etc. Ninguna de esas palabras estuvo, desde luego, a disposición de los franceses de 1520 a 1550 a la hora de pensar y traducir sus pensamientos al francés. Menciona Febvre otro grupo de palabras (**utillaje mental**) que no era del siglo XVI: *conformista*, *libertino*, *Espíritu fuerte*, *Librepensador*, *Tolerancia*, *tolerantismo*, *intolerancia*, *Irreligioso*, *Controversia*. Tampoco tenían palabras para designar *observatorio*, *telescopio*, *lupa*, *lente*, *microscopio*, *barómetro*, *termómetro*, *motor*, *ni órbita*, *elipse*, *parábola*, *revolución*, *rotación*, *constelación o nebulosa*. Ahora podremos entender la razón por la cual el autor de **Lutero. Un destino** escribió con una rotundidad notable: “**el mayor de los pecados, el más imperdonable: el anacronismo.**”

Segundo pecado: Creerse historiador sin serlo.

Decía Lucien Febvre, fundador de la Escuela de Los Anales con Marc Bloch en 1929, y quien se especializó en la historia cultural del siglo XVI, que: “el historiador no es el que sabe. Es el que investiga”. Hay personas muy memoriosas que se saben y conocen de cabo a rabo el **Diccionario de historia de Venezuela** de la Fundación Polar, y esa circunstancia los hace aparecer como historiadores. Estas bienintencionadas personas, si bien pueden impresionar a los incautos, no saben o no comprenden que el historiador se fragua en su taller o en su **banco de artesano**, expresión que muy adecuadamente empleó Marc Bloch. Los docentes de aula pasan por ser historiadores sin serlo, pero lo que es más grave es que leen textos escolares y muy pocas veces a los verdaderos historiadores en sus obras y no refritos o pastillitas de los textos o de internet. El libro de texto le ha hecho mucho daño a la enseñanza de la ciencia de la historia en nuestras escuelas, liceos y universidades. “Es la preponderancia del triste manual en nuestra producción de lectura corriente, en que la obsesión de una enseñanza mal concebida sustituye a la verdadera síntesis”, ha escrito Bloch. El historiador no se hace sólo en las bibliotecas, sino también en los archivos. En sus viajes, en sus vivencias y en su edad. El búho de Minerva (la sabiduría) emprende su vuelo al atardecer (de la vida). Así lo comprendió nada más y nada menos que Emmanuel Kant, filósofo cumbre de la Ilustración

Marc Bloch decía en 1942, al final de su vida: “Porque hay una precaución que los detractores corrientes de la historia (Paul Válerý decía que la historia es “el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto”) no han tomado en cuenta. Su palabra no carece ni de elocuencia ni de *esprit*. Pero, por lo general, han olvidado informarse con exactitud de lo que hablan. La imagen que tienen de nuestros estudios no parece haber surgido del taller. Huele más a oratoria académica que a gabinete de trabajo”. Es que la labor del historiador está cargada de “humildes detalles en sus técnicas, pero la historia no es lo mismo que la relojería o la ebanistería”, nos advierte Bloch, quien agrega: “Es un esfuerzo por conocer mejor; por lo tanto una cosa en movimiento. Limitarse a describir tal como se hace será siempre traicionarla un poco. Es mucho más importante decir cómo espera lograr hacerse progresivamente.”

Los aficionados a la historia, que son legión, creen, como los positivistas del siglo antepasado, que la historia se remite a establecer cadenas explicativas de causas y efectos, que las hipótesis surgen automáticamente del estudio de los “hechos”, dan por sentado que la erudición científica puede determinar el texto, y que la sujeción de los documentos determinan la verdad definitiva de la historia. Una disciplina que, como se ve, estaba deliberadamente atrasada, dice Eric Hobsbawm, quien agrega: “Sus aportaciones a la comprensión de la sociedad humana, pasada y presente, eran insignificantes y accidentales”. Pero es notable que en nuestro país ni siquiera se llegaron a aplicar tales metodologías sino en el siglo XX, pues la *historia romántica*, como la cultivó y escribió Eduardo Blanco en **Venezuela heroica** (1881), símbolo literario del culto a la Patria, ha tenido una enorme difusión y ha despertado un entusiasmo colectivo hasta los días que corren. En el primer tercio del siglo XX arremetió el historiador positivista Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936) contra lo que llamó los **viejos conceptos**, que no eran otros que los del romanticismo literario, divorciado, a su entender, de la metodología de la ciencia natural. En **Disgregación e integración** (1930) sostiene que hay dos constituciones, una de papel, y otra, la real y efectiva del pueblo venezolano, y hace un alegato notable por la construcción de una historia científica en el país bajo el paradigma positivo establecido por Ernest Renan, Hippolyte Taine, Charles Seignobos, Gustave Le Bon, Charles Langlois, pues asistió en París en calidad de oyente a la Universidad de la Sorbona y al Collège de France.

Como habrá notado el lector, no conoció Vallenilla Lanz la fisura enorme que se produjo en el positivismo y la enorme revolución conceptual que se produjo en el hacer histórico cuando en 1900 el filósofo Henri Berr (1863-1954) propuso la ampliación del objeto de la historia a la sociedad, a la economía y la cultura. Advirtió que los historiadores no reflexionan sobre los fundamentos profundos de su trabajo...problema que, según Aróstegui, aun sigue de pie. “Al historiador -agrega- no se le atribuyó nunca la necesidad de una formación filosófica, un conocimiento conveniente de otras disciplinas cercanas, ni una formación científica específica. El oficio se dirigió siempre hacia la mejora del tratamiento de los documentos”. En España esa formación es absolutamente insuficiente, además de inadecuada y, desde luego, culposa por parte de quienes diseñan y toleran los planes de estudios existentes, nos dice este autor. Henri Berr es de tal manera una especie de puente entre la historiografía metódico crítica del siglo XIX y la Escuela de los Anales que será fundada en la Universidad de Estrasburgo, Francia, por Marc Bloch y Lucien

Febvre en 1929, constituyéndose desde entonces en el tercer hito de la historiografía, luego del positivismo y el marxismo.

Debe entenderse, en consecuencia, que el verdadero historiador debe ser un geógrafo, jurista, sociólogo, psicólogo, lingüista, semiólogo, que no debe cerrar los ojos ante el gran movimiento que transforma las ciencias del universo físico, como decía Febvre, tales como la relatividad, la mecánica cuántica, la ciencia del caos, las teorías de la complejidad, la cibernética, la teoría de las catástrofes, la clonación, la telemedicina, las células madres, los fractales, la resonancia mórfica, la teoría de los psitrones, la lógica borrosa, la gestalt, la flecha del tiempo, la teoría general de sistemas, el principio de complementariedad, las supercuerdas, etc, etc.

Tercer pecado: Vacilar entre la ciencia y el relato.

Conozco historiadores formados en Europa y con títulos doctorales que siguen pensando que nuestra disciplina no es ciencia, creación esta última del espíritu humano demasiado prominente y por tanto una condición a la que no tiene acceso la humilde disciplina de la historia, sostienen. Pobre de Leopold Von Ranke quien ocupó buena parte de su larga existencia a construirla, y que a más de 150 años aún se ignoran sus esfuerzos. Pero la cosa no es tan simple y por ello se presta a equívocos. Lucien Febvre (1878-1956), por ejemplo, nos dice que “la historia es un estudio elaborado científicamente, y no como ciencia.” Quiso decir que la historiografía no sería una ciencia pero sí un estudio científicamente elaborado. “El trabajo del historiador, sostiene Julio Aróstegui, es un conjunto de actividades no arbitrarias, ni meramente empíricas, subjetivas y ficcionales. Es una actividad tendente a establecer conjeturas sujetas a unas reglas o principios reguladores, es decir a un *método*. Ello se debe a que la historia requiere el rigor metodológico de los procedimientos de la ciencia. El historiador además trata de buscar para los procesos históricos explicaciones demostrables, intersubjetivas, contextualizables, como los de la ciencia. Sus resultados ni son teorías de valor universal ni puedan establecer predicciones. Existen aproximaciones científicas que concluyen no en leyes o teorías sino en el descubrimiento de tendencias probabilísticas.” Es una ciencia, pero de otra manera, tal como lo propuso en la Universidad de Berlín desde 1810 Ranke y que se expresa en su **Historia de los pueblos románicos y germánicos**, (1824), primera obra de la historiografía escrita con criterio científico en el tratamiento de los documentos.

Como disciplina científica, la historia tenía desde un principio, mucho en común con otras ciencias, también con las ciencias naturales, tal como venían surgiendo desde el siglo XVII, siglo de las grandes revoluciones científicas modernas con Galileo, Newton, Kepler, Boyle-Mariotte, si bien los historiadores no han dejado nunca de subrayar la diferencia que separa su ciencia de las ciencias naturales Sin embargo Ranke pensaba que la historia no dejaba de ser también un arte y no nos sorprenda que el historiador alemán Teodor Mommsen se haya hecho merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1902. Soy del criterio de que la ciencia histórica tiene sus inicios cuando el monje Mabillon, armado

de la *duda cartesiana*, publicó en 1681 **De re diplomática**, verdadero inicio de la crítica del documento en los tiempos modernos. Marc Bloch nos dice que: “Aquel año-1681, el año de la publicación de *De re diplomática*, en verdad gran fecha en la historia del espíritu humano-, fue definitivamente fundada la crítica de los documentos de archivo”.

Y fue a fines del siglo XIX y comienzos del XX cuando Dilthey propuso un nuevo tipo de ciencias, las que llamó *ciencias del espíritu*, distintas en objetos y métodos a las ciencias naturales, éstas últimas hoy llamadas ciencias duras. Es por ello que el germano-norteamericano Georg Iggers dice que la historia “se constituyó en el siglo XIX en “disciplina” y empezó a llamarse “ciencia histórica”, diferenciándose del concepto más antiguo de “historiografía”. Es cierto que la historia, por una parte, se distanciaba del objetivo cognitivo de otras ciencias, esto es, el de formular regularidades -o al menos modelos de explicación concluyentes- y subrayaba los elementos de lo singular y de lo espontáneo, los cuales exigían a la historia, como ciencia cultural, una lógica especial de investigación, encaminada a entender las intenciones y los valores humanos. Se trata de *Geisteswissenschaften*: ciencias culturales o ciencias humanas, que sugieren que es posible el conocimiento intuitivo. La autodefinición de la historia como disciplina científica, agrega Iggers, significaba para el trabajo profesional del historiador una rigurosa separación entre el discurso científico y el literario, entre los historiadores profesionales y los aficionados”.

La historia ha debido enfrentar desde siempre una competencia que no es desleal, ni mucho menos: el de la literatura. La materia plástica de la literatura, nos dice Johan Huizinga, ha sido y es en todos los tiempos un mundo de formas que es, el fondo, un mundo histórico. Lo que ocurre es que la literatura puede manejar esa materia sin someterse a los postulados de la ciencia”, Vale decir, la odiosa cita a pie de página. En Venezuela tenemos a un célebre escritor de ficción y de historia enemigo declarado de las citas a pie de página: don Mariano Picón Salas, a las cuales calificó de “ídolo universitario”. Y Guillermo Morón, primer venezolano en conseguir hacerse Doctor en Historia (Madrid, 1954) y ahora reconocido autor de ficciones dice: La literatura es todo, solamente que yo diferencio la literatura historiográfica, donde se amarra la imaginación y hay que atenerse a los documentos y al estudio profundo de la Historia sin mucha imaginación (...) en cambio en la literatura de ficción, el cuento, la novela, la fábula, ahí hay que soltar la imaginación (...) en todo caso la literatura necesita soltar la imaginación (...) Acá disentimos del autor de **El gallo de las espuelas de oro**, pues afirmo que la historia científica también requiere de mucha imaginación, como todas las ciencias. La Física cuántica, por ejemplo, es un alarde de imaginación.

Cuarto pecado: Determinismo.

Fueron los positivistas los que empeñados en trasladar las leyes de la naturaleza a la sociedad los que crearon los determinismos de clima y raza. La montaña es más religiosa que la tierra llana, sostenían. Quien escribe estas líneas ha descubierto que una ciudad “llanera” y del semiárido venezolano, como Carora, es y fue tanto o más religiosa que Mérida o La Grita, localidades de los Andes de temperamento suave o templado conocidas

por su acendrado catolicismo. No menos grave es el determinismo económico en el que militan los malos marxistas. Sostienen que la religión, el arte y los modos de pensar son meros “reflejos” de la base económica. Carlos Marx no dijo nunca tal cosa, más bien lo que hizo fue incorporar lo económico a la explicación de los hechos y fenómenos históricos, pues el positivismo de la época se empeñaba y centraba su atención en los grandes jefes de estado y en las batallas y los acuerdos internacionales e ignoraba olímpicamente la economía. Lo económico explica muchas cosas, esto es cierto. Pero no todas. Edward Palmer Thompson escribió con genialidad que: “Pero la entera sociedad abarca muchas actividades y relaciones (de poder, de consciencia, sexuales, culturales, normativas) que no son el objeto propio de la economía política, que han sido *definidas fuera* de la economía política y para los cuales esta disciplina no tiene términos con qué designarlas”. Se trata, pues, de una especie de “dualismo académico” que se expresa en y con la distinción entre base y superestructura ideológica.

Eric Hobsbawm dice que la Escuela de los *Annales* no necesitó que Marx le llamara la atención sobre las dimensiones económicas y sociales de la historia. Que hay países en Asia o en América Latina en los cuales la transformación, cuando no la creación de la historiografía moderna casi puede identificarse con la penetración del marxismo. De la influencia marxista, dice, se ha identificado con unas cuantas ideas relativamente sencillas, aunque dotadas de gran fuerza, pero que en absoluto son necesariamente marxistas, que no son representativas del pensamiento maduro de Marx. Llamaremos a este tipo de influencia “marxista vulgar” y el problema consiste en separar los componentes marxista vulgar y marxista en el análisis histórico. El marxismo vulgar según este historiador marxista británico, comprendía principalmente los siguientes elementos:

1º La “interpretación económica de la historia”, esto es, la creencia de que “el factor económico es el factor fundamental del cual dependen los demás”; y, de modo más específico, del cual dependían fenómenos que hasta ahora no se consideraban muy relacionados con asuntos económicos.

2º El modelo “base y superestructura” (que se usa de la forma más generalizada para explicar la historia de las ideas). A pesar de las propias advertencias de Marx y Engels, este modelo solía interpretarse como una simple relación de dominio y dependencia entre la “base económica” y la “superestructura”, medida a lo sumo por

3º “El interés de clase y la lucha de clases”. Uno tiene la impresión de que varios historiadores marxistas vulgares no leyeron mucho más allá de la primera página del Manifiesto comunista, y la frase la historia (escrita) de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de las luchas de clases”.

4º “Las leyes históricas y la inevitabilidad histórica”, de la cual se excluía lo contingente, en todo caso en el nivel de la generalización sobre los movimientos a largo plazo. De ahí la constante preocupación de los primeros escritores sobre historia marxista por problemas como el papel del individuo o de la casualidad en la historia. (debemos aclarar que este autor identifica otros tres elementos “marxistas vulgares”)

Quien escribe estas líneas se dio cuenta que la endogamia es un fenómeno que participa en el resguardo y evita la dispersión de las fortunas y los linajes, pero que quien la logra establecer es la Iglesia católica a través de las dispensas matrimoniales. Las creencias religiosas regulan la vida de la sociedad, la moral, la alimentación, el sexo y en el caso que nos ocupa, la propiedad de la tierra en Carora del siglo XVIII. Esto se debe a que los malos marxistas son incapaces o no se atreven a leer a Max Weber o al historiador marxista de las mentalidades Michel Vovelle. Los determinismos en historia devienen también de los determinismos de la lectura. Cierta vez una participante de postgrado en historia me espetó duramente porque sugerí emplear las categorías de análisis del funcionalismo norteamericano, tales como las llamadas Redes sociales. No comprendía aquella dama que la sociedad tiene sus mecanismos para permanecer estable y que el cambio revolucionario es atenuado o postergado por estos mecanismos. De otra forma no se podría entender la extremada estabilidad del régimen colonial en la América hispana que se extendió por 300 años. Nueva España, dice el mexicano Octavio Paz, era una sociedad para durar, no para cambiar. En estas sociedades existieron unas verdaderas redes de sociabilidad como las cofradías que satisfacían las necesidades mundanas y extramundanas de los creyentes a ellas afiliados.

Quinto pecado: Provincianismo.

Es el pecado de suponer que nuestra localidad de nacimiento o de residencia y que nuestra propia formación académica son el centro o el ombligo del mundo, que fuera de ellas nada vale la pena o puede despertar nuestro interés. No entienden estos pecadores que nuestra religión católica es un credo universal o *Katolicus*, y que nuestra lengua la hablan más de 400 millones de personas en nada más y nada menos que 23 países. Hace unos años quien escribe estas reflexiones investigó los inicios de un colegio particular de enseñanza secundaria en Carora del siglo XIX. En ese humilde y “provinciano” instituto llamado La Esperanza, el plan de estudios contemplaba la enseñanza de lenguas universales: el latín como una lengua sagrada, lengua que fue universal hasta el siglo XVII, vínculo en la actualidad entre los 1.200 millones de personas que profesan esta fe milenaria en Cristo, aunque no lo hablen, como sostiene Benedict Andersen. La otra lengua que se enseñaba en aquel colegio decimonónico no es menos universal que la del Lacio, nos referimos al griego, vehículo en el cual se construyó la civilización occidental. Palabras tan actuales como *cibernética* y *clonación* derivan de la lengua de Aristófanes. ¿Y qué decir de la Física? El bueno del doctor en medicina, egresado de la Universidad Central de Venezuela en 1891, Lucio Antonio Zubillaga, vicerrector del colegio arrastraba como el resto de la comunidad científica del orbe, la creencia en la ya insostenible existencia del éter que rodeaba todos los fenómenos y que dio lugar a la llamada Física del éter, hoy parte del museo del pensamiento, como el positivismo.

Provincianismo es también cerrarse a la lingüística, pues muchos cultores de Clío desconocen el celeberrimo y controversial “*giro lingüístico*” que se ha producido en la comprensión de la historia desde que Lawrence Stone lo propuso en 1979 en la revista

británica *Past and Present*; cerrarse a la semiología, a la paleontología o a la física cuántica. Creo que desde que el físico alemán Heisenberg creó el principio de incertidumbre hace ya exactamente 80 años, la ciencia de la historia ya no es ni podrá ser la misma. Y lo mismo podemos decir de la Teoría de la Relatividad de Einstein que después de 1905 acabó con la idea del tiempo en que navegaban Kant, Comte, Spencer y el mismísimo Carlos Marx. En todo caso estamos encaminados hacia la *teoría de la complejidad*, propuesta entre otros por Ilya Prigogine, premio Nobel de química en 1977, quien propone que el conocimiento humano se dirige a una gran síntesis de las ciencias naturales y la humanas. Una Nueva Alianza entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. La complejidad pide una nueva integración entre cultura científica y cultura humanística. Dice Edgar Morin que esta dicotomía “cartesiana” puede y debe morir. Ya lo advertía don Miguel de Unamuno a fines del siglo XIX y comienzos del XX: “Una de las disociaciones más hondas y fatales es la que aquí (en España) existe entre la ciencia y el arte y los que respectivamente los cultivan. Carecen de arte, de amenidad y de gracia los hombres de ciencia, solemnes, *lateros*, graves como un corcho y tomándolo todo en grave, y los literatos viven ayunos de cultura científica seria, cuando no desembuchan, y es lo peor, montón de conceptos de ciencia mal digerida”. Ciencia mal digerida o pseudociencia como la ha llamado Carl Sagan, que en la actualidad goza de un enorme prestigio. “El escepticismo no vende”, concluye el astrónomo y divulgador de la ciencia norteamericano.

Provincianismo es también la tendencia muy del mundo hispánico a laborar individualmente. Le tememos a las comunidades de discurso. Pascual Mora, docente de la Universidad de Los Andes, Venezuela, estudioso investigador de la historia de la educación dice que se ha hecho demasiada historia de la educación y de la pedagogía en el país bajo este pernicioso criterio. “La insociabilidad es uno de nuestros rasgos característicos. Apenas el ánimo la contemplación de los estragos de nuestra insociabilidad, de nuestro salvajismo enmascarado”, escribe Unamuno. Y agrega el autor de **La agonía del cristianismo**: “Asombra a los que vivimos sumergidos en este pantano el remolino de escuelas, sectas y de agrupaciones que se hacen y deshacen en otros países, en donde pululan conventículos, grupos, revistas, y donde entre fárrago de excentricidades, borbota una vida potente. Aquí las gentes no se asocian sino oficialmente, para dar dictámenes o informes, publicar latas y cobrar dietas”. Tal es así que ha producido asombro que en Barquisimeto, caso notable por su singularidad, se ha conformado una comunidad de discurso en la investigación sobre la historia de la educación y de la pedagogía, en la que un grupo de investigadores comparten unos criterios teóricos y metodológicos, que no son otros que los de la Escuela de los Anales. Bajo tales premisas, **Historia social e institucional de la educación en la Región Centro Occidental de Venezuela**, y bajo el liderazgo de los doctores Federico Brito Figueroa (+ 2000) y Reinaldo Rojas han sido presentadas, defendidas y aprobadas más de medio centenar de tesis de maestría y unas cinco de doctorado desde que se inició el programa en 1992 en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador- Instituto Pedagógico Barquisimeto “Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa”. Esta extraordinaria experiencia en el interior de Venezuela no ha estado libre de riesgos y acechanzas: la dispersión, la reiteración de enfoques y temas, la incompreensión y hasta la envidia, la pasión que corroe los pueblos hispánicos, se ha hecho presente.

Sexto pecado: Teoricismo y empirismo (documentalismo).

Muchos historiadores creen que la teoría por sí misma lo explica todo. Pobre de los hechos empíricos que no cuadren con la teoría: los desechan o los modifican para que cuadren con la teoría. Creo que allí se esconde una curiosa forma de pereza mental y pereza de trasero. Esos teóricos no entienden que el oficio del historiador es una disciplina más o menos empírica, y no exactamente filosófica especulativa, que requiere de largas y fatigosas jornadas en los archivos. Conozco una chica participante en una maestría en historia que sostenía que había un antagonismo social acusado entre el club de los oligarcas y el club de las clases populares en Carora. La investigación mostró (no demostró) que algunos oligarcas actuaron como personajes de relieve y promovieron la fundación del club popular llamado Centro Lara. Y que fue un oligarca “renegado” que movió la idea de crearlo en 1938 para la sociabilidad de las clases medias emergentes y el populacho. Me refiero a don Cecilio Zubillaga Perera, un auténtico *intermediario cultural* en la expresión de Michel Vovelle.

Pero en todo caso es preferible el teoricismo al simple empirismo, como ha dicho el creador de la “historia total”, el profesor Pierre Vilar (1906-2003). Los perceptores sin conceptos, como vino a decir Kant, están ciegos. Dejemos que sea el propio autor de **Cataluña en la España moderna** (1962) quien lo diga: “no me gusta, tampoco, lo que yo llamaría el “vértigo teórico”, las largas páginas únicamente dedicadas a consideraciones abstractas o verbales, o a justificaciones por los textos, no por los hechos. A pesar de que sigo fiel a lo que dije hace ya tiempo frente a los investigadores empíricos y positivistas: el exceso de inquietud teórica es de todos modos preferible la ausencia de inquietud”. Sé de personas que en el afán de lo empírico han retrocedido a los paradigmas investigativos superados del positivismo decimonónico y siguen creyendo que el conocimiento histórico está indefectiblemente en el documento escrito, pues sólo éste tipo de fuentes conocen. Hemos conocido de participantes de maestrías en historia que ha habido que ir a “rescatarlos” a los archivos y repositorios, pues prácticamente se han enterrado en ellos sin remedio. Andan, pues, buscando el último documento. Pero es absolutamente necesario recordar que toda ciencia -y la historia lo es- trabaja con conceptos y categorías. Reinaldo Rojas ganó en México en 1995 un premio de continental de historia colonial adornado con el nombre de don Silvio Zavala con una obra titulada **Historia social de la Región Barquisimeto en el tiempo histórico colonial, 1525-1810**(1995). Nos dice Rojas que ninguno de los componentes del jurado calificador ha estado jamás en Venezuela y que, en todo caso tal jurado premió el esfuerzo teórico y de síntesis allí contenido. Los historiadores Cardoso y Pérez Brignoli nos han advertido que en América Latina, sin embargo, la teoría brilla por su ausencia. Es una *rara avis*.

Obras de gran aliento histórico y antropológico y de cobertura continental como **Casa-grande y senzala**, (1933) del brasileño Gilberto Freire carece por completo de conceptos. Darcy Ribeiro sostiene que ello se debe al temor de pasar por marxista, pues este autor cursó estudios con el antropólogo hebreo Franz Boas en los EEUU en la década de los 20 del siglo pasado. A pesar de ser esa obra una descripción sistemática, criteriosa, exhaustiva, cuidadosísima de los modelos culturales, pero desinteresada respecto a

cualquier generalización teórica Gilberto Freyre escribe: “Por poco inclinados que estemos al materialismo histórico, en tantas cosas exagerado en sus generalizaciones , principalmente en obras de sectarios y fanáticos, hemos de admitir la influencia considerable, aunque no siempre preponderante, de la técnica de la producción económica sobre la estructura de las sociedades en la caracterización de su fisonomía moral. Es una influencia sujeta a al reacción de otras, y sin embargo, poderosa como ninguna en la capacidad de aristocratizar o democratizar a las sociedades, de desarrollar tendencias hacia la poligamia o la monogamia. A mucho de lo que se supone el resultado de rasgos o taras hereditarias preponderando sobre otras influencias, en los estudios aún fluctuantes de eugenia y de cacogenia, se le debe más bien asociar a la persistencia, al través de generaciones, de condiciones económicas y sociales favorables o desfavorables al desarrollo humano”. Dice el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro que no sería justo olvidar que ninguna de las obras clásicas de las ciencias sociales es explicable por sus virtudes metodológicas. Al contrario. Todo lo que se produjo con extremado rigor metodológico, haciendo corresponder cada afirmación con la base empírica en la cual se asienta, y calculando y comprobando estadísticamente todo, resulta mediocre y de breve duración. El hombre de ciencia, sólo necesita aprender métodos y estudiar metodologías para olvidarlos después. Olvidarlos tanto en la operación de observación como en esa misteriosa e inexplicable operación de inducción de las conclusiones. Olvidarlas, sobre todo, en la construcción artística de la obra en que deberá comunicar a sus lectores, tan persuasivamente como sea posible, lo que él sabe.”

La mayoría de los estudios de cuarto y quinto nivel en historia en Venezuela muestran una tendencia marcada al teorismo. Los cuatro o seis semestres se agotan en discusiones meramente teóricas, dejando de lado el problema concreto, real e inquietante del archivo. Esta experiencia tan rica en sus particularismos (La lógica informal de la vida) se deja para el final de la escolaridad, y es allí cuando el participante se encuentra como inerme e impotente ante el fárrago de información contenido en cualquier repositorio. Una sentencia del maestro Bloch como la que dice: “nadie sabe lo que encuentra si no sabe lo que busca” le evitaría el famoso síndrome TMT (todos menos tesis). TMT que ha frustrado a más de un participante que por lo general es buen lector, que ha cultivado una buena cultura y posee una oratoria impresionante, pero que se desinfla con la paleografía o con la cartografía geohistórica. Leer y transcribir un documento del siglo del siglo XVII o construir una carta temática de los flujos de una firma comercial del siglo XIX, por ejemplo, los desanima de tal manera que terminan quedándose con la sola aprobación de la escolaridad y dejando la posibilidad de la Tesis de Grado para un futuro remotísimo. Y eso que no nos hemos referido a la Estadística , ni a los problemas que casi siempre se presentan en la relación tutor-participante. Lo que quiere decir que el oficio de Clío es una curiosa ciencia que mezcla la empíria y la teoría de manera muy específica y particular. **El Franco-Condado** (1912) de Febvre es un modelo de un cuidadoso examen empírico, allí como en su obra posterior nos enseña que un montón de piezas de archivo no da respuesta al historiador si éste sabe interrogarlo.

Séptimo pecado: Acriticismo.

Que quiere decir que hay investigadores que creen a ciegas en todo lo que leen u oyen. Dice Bloch en su **Apología de la historia o el oficio del historiador**: “El verdadero progreso surgió el día en que la duda se hizo “examinadora”; cuando las reglas objetivas, para decirlo en otros términos, elaboraron poco a poco la manera de escoger entre la mentira y la verdad”. El ya mencionado **Diccionario de historia de Venezuela** sostiene que los restos mortales del prócer de la independencia suramericana, General de División Pedro León Torres se encuentran en el Panteón Nacional desde 1896, cuando quien escribe prepara un viaje a Yacuanker, Colombia, a repatriarlos en breve a Venezuela. Y se supone que este útil **Diccionario** está hecho por especialistas investigadores. En otro caso conseguí en el Archivo de la Diócesis de Carora un “Acta de la fundación de la Cofradía del Santísimo Sacramento”, fechada en 1585. Una mano piadosa, sin embargo, cambió el nombre del documento con fines didácticos, acaso, el cual se llamaba desde el siglo XVI: “Constituciones y ordenanzas de la cofradía del Santísimo Sacramento”. Y el error prosperó y se propaló de tal forma desde 1924, fecha en que se produjo el cambio tan importante en la transcripción del documento. El espíritu de la duda cartesiana parece que no ha llegado hasta nosotros. No en balde ha dicho el Nobel de Literatura Octavio Paz: “no tuvimos Ilustración”.

Otros creen a pie juntillas que el iniciador de la *historia de las mentalidades* en el país es un prominente miembro de nuestra Academia de la Historia, cuando en realidad ese caballero sólo es un historiador de las ideas o un historiador de intelecto, concepciones que parten de la idea de que las personas tienen ideas claras y que son capaces de transmitir las. Los textos son una expresión de los autores y como tales deben tomarse en serio. El concepto de *mentalité*, en cambio, designa posturas que son mucho más difusas que las ideas y que, a diferencia de éstas, son propiedad de un grupo colectivo, no el resultado del pensamiento de determinados individuos. Por ello se le asocia a la historia serial, que trabaja con largas secuencias de datos (los grandes números) que son procesados electrónicamente para estudiar procesos como la idea de la muerte contenida en cientos de testamentos, o el grado del entusiasmo religioso medido por la “entrada” de miles de creyentes a una hermandad o cofradía en un período de tres y más siglos. “Y (de tal manera) el historiador fue traído de nuevo a su **banco de artesano**”, como dice Bloch. “Un historiador, si emplea un documento, debe indicar, lo más brevemente posible, su procedencia, es decir, el medio de dar con él, lo que equivale a someterse a una regla universal de probidad. Nuestra opinión, emponzoñada de dogmas y de mitos- aún la más amiga de las luces- , ha perdido hasta el gusto de la comprobación”. En la crítica de los testimonios casi todos los datos tienen trampa, agrega Bloch. Y como refiriéndose a Venezuela de hoy, víctima de la polarización mediática, dice: “los periódicos no han dado aún con su Mabillón”.

El método crítico, escribe Bloch fue practicado por eruditos, exegetas, curiosos, pero no por los escritores de historia. A pesar del enorme avance logrado por la crítica en el siglo XX nos sorprende que sobre la vida de Bloch y de Febvre esté rodeada de equívocos y medias verdades. Joseph Fontana, por ejemplo, afirma que los Anales recibió

financiamiento de los EEUU, otros han querido ver en el deseo de Febvre de seguir publicando la revista de la Escuela bajo la ocupación nazi como signo de su colaboracionismo. Etienne , hijo de Marc Bloch nos ha aclarado que su padre no fue fusilado, como solemos repetir, sino que fue simplemente asesinado, ello porque no fue llevado a juicio como se procede con los que van a ser fusilados. El manuscrito interrumpido de Marc Bloch, **Apología de la historia** también ha ocasionado más de un quebradero de cabeza. En cierta ocasión Febvre dijo que la palabra *evolución* no aparece en todo el libro, lo cual no es cierto, como él mismo reconoció luego. En otro momento, durante la composición tipográfica, o la corrección de pruebas, vuelve a faltar otra hoja, y Febvre crea otro enlace con las páginas restantes. Massimo Mastrogregori, historiador italiano, dice que vio por casualidad en las notas blochianas en los Archivos de Francia , que en el reverso de las fichas de lectura estaba escrito de manera apretada; y que acercando uno al otro aquellos fragmentos de hoja se podían obtener, como en un rompecabezas, páginas enteras. Con sorpresa, dice, que se dio cuenta que se trataba de apuntes para la **Apología de la historia**. De modo que la propia vida de Bloch es un verdadero jeroglífico al cual le han sido seccionadas partes importantes de su estructura: su niñez, su militancia política, su distanciamiento intelectual de Febvre, el proyecto de este último de proyectar simultánea y paralelamente a los *Anales* otra revista, su coqueteo y posterior abandono del marxismo, su deseo de emigrar a los EEUU y emplearse allí como maestro, la renuncia a esta idea. ¿Qué es lo verdadero, lo falso y lo verosímil en lo que acabamos de decir? Use usted, amigo lector, la crítica.

FUENTES CONSULTADAS

Aróstegui, Julio. **La investigación histórica: teoría y método**. 2001. Editorial Crítica, Barcelona, España. P. 455.

Bloch, Marc. **Apología de la historia o el oficio del historiador**.1986. Coedición Fondo Editorial Lola de Fuenmayor-Fondo Editorial Buría. Caracas-Barquisimeto. P. 232. Primera edición venezolana.

Cortés Riera, Luis Eduardo. **Llave del Reino de los Cielos. Iglesia católica, cofradías y mentalidad religiosa en Carora, siglos XVI a XIX**. (2003) Tesis de Grado para optar al título de Doctor en Historia en la Universidad Santa María. Caracas, Venezuela. P 303 . (En prensa)

Cortés Riera, Luis Eduardo. **Del Colegio La Esperanza al Colegio Federal Carora. 1890-1937**. 1997. Fondo Editorial de la Alcaldía del Municipio Torres- Fondo Editorial Buría. P.166.

Febvre, Lucien. **Combates por la historia**. 1959. Editorial Península. Barcelona, España. P 136.

-----**El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais**.1993. Akal Ediciones S.A. Barcelona, España. P.362.

Freyre, Gilberto. **Casa-grande y senzala. Introducción a la historia sociedad patriarcal en el Brasil**. 1985. Biblioteca Ayacucho. Nº 11. Caracas, Venezuela. P. 567. Prólogo y cronología de Darcy Ribeiro.

Gooch, G. P. **Historia e historiadores en el siglo XIX**.1982. Sección de Obras de Historia. Fondo de Cultura Económica. México. P. 607 (Primera edición en inglés, 1913).

Hobsbawm, Eric. **Sobre la historia**. 2002. Editorial Crítica. Barcelona, España. P. 298.

Iggers, Georg G. **La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales**.1998. Idea Books, S.A. Barcelona,España. P. 156.

Martinez Mígueles, Miguel. **La Nueva Ciencia. Su desafío, lógica y método**. (2002) Editorial Trillas S.A. de CV. Mexico. Pp 271.

Marx, Carlos y Federico Engels. **La ideología alemana**. 1967. Editorial Pueblos Unidos. Montevideo, Uruguay. P 427.

Mastrogregori, Máximo. **El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio del historiador**.1998. Fondo de Cultura Económica. México. P. 141.

Ortega y Gasset, José. “El sentido histórico de la teoría de Einstein”. En: **El tema de nuestro tiempo**. 1964. Espasa-Calpe S.A. Colección Austral. Buenos Aires, Argentina. Pp. 140-156.

Prigogine, Ilya e Isabel Stengers. **La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia**. 1990. Alianza Editorial. Madrid. P. 157.

Ranke, Leopold Von. “Historias de los pueblos latinos y germánicos” En: **Pueblos y estados en la historia moderna**. 1945. Fondo de Cultura Económica. México. Pp. 379.

Rojas, Reinaldo. **Historia social de la Región Barquisimeto en el tiempo histórico colonial. 1530-1810. 1995**. Fuentes para la historia colonial de Venezuela. Academia Nacional de la Historia. Caracas, Venezuela. P. 398.

Sagan, Carl. **El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad**. 2005. Editorial Planeta Colombiana S.A. P. 493.

Thompson, Edward Palmer. “Marxismo e historia” En: **Obra esencial**. 2002. Obra Esencial. Crítica. Barcelona, España. Pp. 527-551.

Unamuno, Miguel de. “Sobre el marasmo actual de España.” En: **En torno al casticismo**. 1945. Espasa-Calpe, Argentina, S. A. Buenos Aires. P. 126 a 146.

Vilar, Pierre. **Iniciación al vocabulario del análisis histórico**. 1980. Editorial Crítica. Barcelona, España. P.315.

Vovelle, Michel. **Ideologías y mentalidades**. 1985. Editorial Ariel S,A. Barcelona, España. P. 326.